



Villatoya.--La Fuente del Viso, pintoresco rincón de sus frondosos pinares.



Motilleja.--El Sr. Armero prestigioso Alcalde



Návas de Jorquera.--El Alcalde don Cándido Monteagudo.



Villatoya.--Un pintoresco rincón de la patriarcal villa.

(Fotos CENTAURO)



Abengibre.--Alcalde D. Miguel P. Vergara.



Villatoya.--Un paisaje de los alrededores y al fondo los baños de Fuentepodrida.



Abengibre.--Un numeroso grupo de muchachas de aquella localidad.



LOS CUENTISTAS

La alternativa del "Papa"



por A. Sánchez Carrere

Era un hermoso día de primavera. Aquella tarde, Bruno Manzanillo estaba contento. Tenía sombra. ¡Y qué sombra! Una grada del uno. Le había costado seis veces más de lo que valía; pero qué importaba eso! Tratábase de ver la alternativa del «Sumo Pontífice» taurino, y a gusto pagó «religiosamente» las treinta «beatas» que por una localidad de cinco pesetas le hizo abonar cierto autorizado expendedor de billetes con el «veinte por ciento», el cual, por lo visto, en operaciones aritméticas estaba peor que Romanones. Y conste que escojo este personaje político para ejemplo pitagórico, por no citar a «Doña Antonia», cosa que resultaría, además de poco galante, perfectamente inútil, ya que esta respetable señora cuando se la cita no acude y hace bien.

Según íbamos diciendo, el hombre de nuestra historia pagó satisfecho la primada.

Razón había para ello. Bruno, como buen español y mejor creyente, rendía culto exagerado a su Santo patronímico, dando «ciento por uno» con la mas aborregada de las pasividades.

Debo advertirles a ustedes que Bruno Manzanillo no era aficionado a los toros. Esto no obstante, solía concurrir al circo taurómico en determinadas ocasiones, a saber: cuando el festejo ofrecía sensaciones de verdadera importancia; cuando le tocaba la lotería o cuando le tocaba reñir con su mujer, tres acontecimientos gratísimos que, por extraña coincidencia, tuvieron lugar en la fecha que nos ocupa.

El «Morenito claro de Villanueva de la Serena», futuro «Papa», iba a consagrarse. La «niña bonita», o sea el número quince, que jugaba en el último sorteo, le había favorecido con un «chico», y su esposa con un puñetazo en las narices que no fue chico y nada ciertamente le favorecía.

Bruno tenía pues, razones sobradísimas para semejante expansión taurofíla.

Cuando en la puerta del Sol, media hora antes de la señalada para comenzar el espectáculo, nuestro hombre ingresó en uno de los tranvías especiales (ingreso que tuvo que verificar mediante la correspondiente oposición de cincuenta o sesenta viajeros que se disputaban a empujones y puñetazos los asientos, ocupados ya del vehículo), su natural satisfacción viose halagada por el comentario envidioso de los transeuntes que, a su paso, exclamaban:

—¡Qué barbaridad! ¡Cuánta gente!

—¡Quién torrea hoy?

¡Casi nadie! Belmonte, «Chicuelo» y el «Morenito claro de Villanueva de la Serena».

—¡Vaya una corrida superior!

—¡Es una «señora» corrida!

Ya en la plaza, ocupó Manzanillo su localidad, no sin saludar antes, con una corrección impropia del recinto, a los espectadores inmediatos; cortesía a la que aquellos castizos representantes de la «afición» como ya supondrán ustedes, ni siquiera respondieron.

Todo su interés absorbiólo en aquel instante el Sumo Pontífice», cuya presencia en el callejón era observada por el público con devoradora curiosidad.

«Estalló» la banda «explotada» por el director.

Al compás de un alegre y «chinchineante» pasodoble salieron las cuadrillas:

— ¡Ahí está el «Papa»!

— ¡Mirad con qué gracia pisa el «anillo»!

El pobre Bruno, ignorante de la arbitraria fraseología con que la «afición» se expresa, al oír esto no pudo reprimir, como buen católico, un gesto de sorpresa y repulsión.

— ¡El Papa pisando el anillo! ¡Qué irreverencia!—exclamó.

Sonó el clarín. Abriéronse las puertas del «chiquero» y un torazo enorme salió a la arena.

Todos los labios pronunciaron idénticas frases.

— ¡Vaya un bicho!... ¡Es una «catedral»!

El «Morenito claro de Villanueva de la Serena», con la velocidad del rayo, dirigióse hacia la res.

Cuando estuvo a cierta distancia, hincó las rodillas en tierra.

La «afición», sugestionada ante la evidencia del peligro:

— ¡Qué bruto!—gritó a coro.

— ¡Que animal! ¿Qué hace ese bárbaro?

Bruno fué quizá el único espectador que contempló el lance sin extrañeza ninguna.

¿Acaso no era lógico que el «Papa» se arrojase frente a una «catedral»?

Tocaron a banderillas.

El «Morenito claro de Villanueva de la Serena» cogió un par de rehiletes.

—Verán ustedes como los clava en la misma «cruz».

— ¡Sacrilegios!—gritó Bruno, contagiado ya por la expansividad ambiente.

— ¡Fuera!... ¡Que se calle!—pidieran indignadas numerosas voces.

Bruno, complaciente, guardó silencio. Hasta que llegó la hora de matar. Fue entonces cuando Manzanillo, maravillado por la tranquilidad pasmosa del «Morenito claro de etc.», no pudo reprimir la exteriorización de su comentario entusiasta.

— ¡Vaya un tío valiente!

— ¡Ha visto usted que pase?—objétóle muy serio uno de los dignos representantes de la «afición» que a su lado estaba.

— ¡Sí, señor. Lo he visto. ¡Que natural!

Oír esto el interrogante y ponerse hecho una lava fue todo uno. La más grave ofensa dirigida a un miembro importante de su familia no le hubicra producido, seguramente peor efecto.

— ¡Qué acémila! ¿Pues no le llama a eso un pase natural? ¿Dónde tiene usted las ojos so avestruz? ¿No está usted viendo que lo ha dao sentado en el estribo?

— ¡Si el hombre está cansao y se sienta, a mí me parece natural.